

## El jardín de los amores caníbales (Fragmentos)

**N**o harás de la memoria un refugio obsesivo.

En la memoria solo quedan los restos: la ceniza, las siluetas del fuego, apenas un hueso que se resiste a la cremación. Miro o creo mirar el cuerpo de mi hermana, inerte, vaciado de sus órganos. Ella expresó en vida su voluntad por la donación de todo lo que pudiese ser útil para otros seres humanos. Imagino el rostro de un niño quemado que recibió fragmentos de su piel; el paciente que ahora disfruta de su hígado o de sus riñones; la señora que ve el

mundo a través de las corneas de mi hermana. Hermana, en estado de final silencio. Veo el trazo de su cuerpo, pero me resisto a recomponerla a ella, ahí, sobre la cama fría del hospital. Un aneurisma cerebral ha quebrado su vida en una madrugada. ¿Qué queda de la familia, de lo que fue, de su pasado, qué de nuestros años de infancia?: ¿te acuerdas, hermana, cuando te subiste a los tejados de la casa vecina? Tenías cuatro o cinco años: desde esa ocasión, cada vez que desaparecías nos preguntábamos dónde estarías, pero siempre, siempre estabas ahí mismo, sobre

los tejados; ¿qué te queda de nuestra vida recompuesta entre girones de luz y sombras, ahora que ya no eres entidad, sentido, signo?, ¿qué de ti puedo encontrar en mi madre?

Las conexiones de la memoria son insólitas, y, sin embargo, luego de evocar esos momentos del pasado, resultan tan irremediablemente necesarias, que del estupor inicial pasamos a la certeza de lo que nunca perece. Mientras tocaba una de sus piernas, debajo del agua caliente, Ofelia me vio, con esa mirada que ella todavía desconocía: una mirada de amor, oculto, suspendido todavía en el temor. Creí que podría revivir el estado de la felicidad y sentí que traicionaba la memoria de mi hermana. Ella ya no podría nunca más emocionarse con el contacto de otra piel: las caricias ligeras que incendian el cuerpo, el contacto con los

labios de ese otro que es deseo, ceremonia y porvenir. Así fue. En un segundo, luego de sentir los labios de Ofelia, camuflados los dos, desvaídos casi entre el vapor que nos ocultaba del mundo, pensé en la desolación del cuerpo de mi hermana, cremado, desprovisto de humanidad, carente del dolor, de las alegrías, disuelto en el enjambre de hojas de fuego que se han llevado lo poco que le quedada de ser humano. Nunca más la sensación de que todo puede hacerse cuando las primeras luces del día invaden la habitación; nunca más sus hijos pequeños jugando a su lado, saltando en la cama, o camino al colegio, o en el gimnasio o la playa, nunca más el amargo estado del desamor y la traición, del silencio vago del marido, los meses de tortura cuando sabes que tu matrimonio se deshace como ella misma envuelta en



el manto del fuego, nunca más el Ecuador –el país que dejó quince años atrás para estudiar su doctorado en Biología en Florencia–, sus primas, sus tías, sus amigos, los enamorados de la juventud que, cada vez que nos visitaban, la alegraban con sus bobos coquetos adolescentes, como si todos –ahora viviendo sus cuarentas– pudiesen regresar a los quince años, al colegio, a la festiva ingenuidad con que se mira la vida, el mundo, inconscientes todavía de que más adelante solo puede estar el dolor, la tragedia. Nunca más el crepitar del corazón que se acelera al mínimo contacto de la piel de otro, de ella, que es Ofelia. La noche sigue estática: cómo quisiera que este segundo dure para siempre, le dije, le quise decir, te hubiera dicho, a no ser porque, como ahora, me prometí que no le prometería nada si antes ella no me prometía todo.

En la memoria ya no puedo ver el cuerpo de mi hermana en la morgue, cubierto por una sábana, tampoco las instalaciones del hospital de Siena, la funeraria, los girasoles que mi hermano dispuso para que la acompañaran. En ese segundo,

a miles de kilómetros de distancia, mi madre y yo pensábamos en mi hermano menor, apresurado por cumplir con los trámites frenéticos que requiere la muerte, el pasaporte final para dejar este mundo: los papeles, las personas que los sellan, los papeles. Pensaba en Adriana cuando me contó sobre la muerte de su madre, no recuerdo si fue lo primero que quiso que supiera de su vida, pero creo reconocer su mirada oblicua sentenciando cada expresión de mi rostro. El llanto y los rasgos genéticos. Mira, pero no a mí, con esa mirada que se aleja del centro: cada ojo genera su propio campo de visión, un ojo hacia el centro y el otro desplazado hacia arriba. Y pienso en mi hermano menor, con su familia en Santiago de Chile, recibiendo la noticia, la información que yo le doy, como puente entre él y mi cuñado, en Italia. Debido a que se ha casado con una portuguesa mi hermano tiene pasaporte europeo y puede viajar sin las complicaciones que nosotros, mi madre y yo, debemos soportar. ¿Hay otro rasgo tan inhumano, tan burocrático y pueril, como el que precede al funcionario de una embajada que rechaza a la familia de-

sesperada por acompañar a su hija, a su hermana, en los minutos últimos, cuando su cuerpo es todavía cuerpo, aunque sea vaciado de órganos? Entonces no pensaba, como ahora, en el cuerpo sin órganos, ese insoportable texto que tuvimos que leer en el doctorado: nos reímos, Miguel y yo y todos, imaginando los gaseosos cuerpos inertes, como globos de colores, que se alzan por los aires, inflados con helio: cuerpos sin órganos, como el de mi hermana –¿cosido, pegado?– antes de ingresar al crematorio. ¿Para qué el cuerpo?, tendría que preguntarle a Octavio. Él, probablemente, tendría alguna respuesta: una salida alimentada de poesía, cine gótico, cadáveres, suicidas, huérfanos, quizás saldría mal parado, pero al menos pensaría en las palabras, tratando desesperadamente de enmascarar las emociones en los sonidos convencionales de los adjetivos: *Todas mis horas están hechas de jaspes negro.*

Añoro el futuro que ya no tendré con mi hermana.

Las credenciales para morir en paz.

El amor es caníbal. No desearás a la mujer del prójimo. No harás de la memoria una obsesión que te aniquile.

Veo desfilar a todos mis muertos en una fiesta de máscaras, vestidos negros y brillantes, y oropel de copas, reverberaciones, pelucas y guantes, zapatos de plataforma, largas blusas con puños de araña; una sala enorme, vacía, pero estando vacía también está llena, como si los dos estados de la materia pudiesen compartir un mismo instante; al otro lado, a través de las ventanas despejadas, se ven prados verdes, cielos azules, estáticos, y una bandada de cigüeñas; no logro determinar la música, pero parecen cantos gregorianos, techno house, tango y fados, flamenco pop y salsa presidiaria. Esos cuerpos bailan, no son cadáveres purulentos ni hediondos, no hay gusanos emergiendo de las hendiduras de los ojos, ni vísceras expuestas, no abren los brazos y las manos tratando de agarrarse entre sí, no gimen como muertos temerosos, olvidados, no exponen sus pies morados ni rien envueltos en capas satinadas de colores mejicanos, no sonríen mostrando hi-

leras de dientes amarillos ni gritan ni bufan ni disparan al aire, tampoco se bañan desnudos, descarnados, o apelmazados en capas superficiales de células, ni se tocan, no hay olores a carne descompuesta, podrida, a desinfectantes, cloro, desodorantes ambientales. Nada que disimule esa pestilencia a la que llamamos muerte. No, nada de eso: son muertos bien educados, sentados en sillones de cuero blanco, vestidos para la ocasión con trajes simples del diario, pero correctamente lavados y planchados, casi parecen vivos a no ser por el silencio, o por el simple hecho de que una oreja o una nariz cae –sorpresivamente y ante el disimulo de los otros: apenas unas risitas, algún susurro o una tos seca–, dejando un agujero de roja sangre en el rostro, en los cientos de rostros, multiplicados ahora, como panes y peces.

Veo desfilar a todos mis muertos: a mis tíos, mis abuelos, los amigos de la infancia. Aquella niña de cabello negro, largo y negro, que cursaba el cuarto grado B, yo estaba en el A, esa niña que apenas recuerdo, que anhelo recordar: ¿lle-

vabas vinchas, blusa blanca, zapatos negros de charol, cuando la muerte te tomó de adentro hacia afuera en forma de tumor, estabas sobre tu cama, reposabas con la biblia sobre el pecho, un peluche, un cachorro, cómo fueron tus últimos días?, ¿tosías, llorabas, estabas aniquilada o sumida en el desconcierto que propicia la morфина? Los amigos de la infancia y los amigos de la adolescencia. Todavía puedo traer a la memoria la sonrisa franca, abierta, como la de un caballo, de Pablo, uno de los tantos hijos del exilio chileno que emigraron al Ecuador entre los setenta y los ochenta; como nosotros, Pablo vestía de ninja y escapaba de su casa en la noche para jugar a convertirnos en los avezados delincuentes de la Ñaquito (robábamos tapacubos, señales de tránsito, acompañados de ron barato, marihuana y los Dire Straits) ¿Intuiste, Pablo, la amenaza horas antes de salir esa noche, diez años después de aquellos juegos adolescentes, dejaste de lado algún signo premonitorio que pudiese evitar que subieras a ese auto que manejaras hacia ese bar, que tomaras algunas copas? ¿Qué debe beber el

sujeto que morirá en unas horas? ¿Hay algún protocolo oculto en el que se consignan los procedimientos técnicos por considerar en tales circunstancias? ¿Cómo fue ese segundo cuando el manto de la noche fue desgarrado por un corte asimétrico de luz, lograste tener conciencia de la embestida violenta del otro auto, siquiera pudiste escuchar con el otro oído el estruendo milimétrico de tu cuello?

Veo desfilar a los muertos que no murieron pero que se han ido, que es otra forma de morir. La amistad también es una forma de amor y, como tal, una forma de muerte también.



Hermana, nunca quise que nos adentremos en ese bosque, y menos aún esos días en los que una persistente lluvia medieval nos cubría, pero ya sabes, las cosas a veces operan a partir de elementos misteriosos, o por la gracia de esas pulsiones incontrolables que nos gobiernan con sadismo. No fue algo planificado, eso te dije hace años, como te ratifico ahora, ahora que solo veo tu estela de

fuego consumiéndose en el crematorio. Nos tomamos de la mano, tú tan confiada en la aparente sabiduría de tu hermano mayor. Tendría entonces dieciséis años, tú catorce. Nunca debiste hacerlo, me dirías ahora mismo si pudiésemos dotar al espíritu de cuerpo y de voz. Nunca debiste tomarme de la mano, porque yo carecía de voluntad y de conciencia para evaluar lo que podría pasar, pero me dejé llevar por ti, y aunque llovía – mamá siempre nos había advertido sobre la enfermedad que acecha entre la lluvia, esa fuerza oscura que aniquila el cuerpo – continué tras de ti. Tú ibas callado, en un estado de mutismo apenas quebrado cuando me decías: vamos, vamos, como si notaras algún signo de debilidad manifiesto en mi mano, pero yo no sabía a dónde me llevabas, y solo al tiempo – me dolían los pies, me caía agua sobre la cara, sentía un dolor en la espalda – me detuve en seco y te dije: Bernardo, ¿a dónde vamos?, ¿cuánto falta?, pero tú no respondiste, te bastó apretarme más la mano y jalarme para que me callara. No recuerdo que hubiera truenos o relámpagos o embates de viento, solo la lluvia

monocorde que descendía del cielo como un manto. Años después recordé aquella tarde, mientras me hallaba en la zona de Mindo recolectando mariposas para una clase de biología: también llovía y los insectos habían desaparecido, refugiados entre las hojas, mimetizados con la vegetación. Entonces, me miré en ese bosque tomada de tu mano, y vi que el bosque no era un escenario fantástico, no había duendes, brujas, conejos ni hadas madrinas, tampoco dragones o príncipes maravillosos. Todo en ese bosque eras tú, tú la lluvia que nos cubre, la tierra y las rocas, tú la fuerza que no logro descifrar, tú el dolor, y también ese segundo de desconcierto que anticipa el único relámpago, el camino que anduvimos, el refugio, la cueva donde dormimos. El lobo, la niña. Después, al día siguiente, fue como el resto de la vida que está por vivirse, como si esas horas atrapada en el bosque fuesen la prueba necesaria para descubrir que la vida, la vida que todavía tendría por delante, se anclaría en ese frágil estado de seguridad que otorga el secreto. Nunca le cuentes a mamá que vinimos acá, me advertiste, y yo,

hasta el segundo en que el cerebro me estalló, mantuve la promesa.



Las cosas habían tomado el rumbo que debían, mi ex no se arrepentía por su decisión de abandonarme (no me quedé a mirar como armaba sus maletas, preferí esconderme esa noche en un cine). Si nuestra madre moría, hermana, desaparecía todo lo que me unía al Ecuador. Vendería lo que pudiese. Me refugiaría contigo. Tu marido habría para entonces asumido con valentía el divorcio. Se habrían dividido los bienes. Nos reencontraríamos como siempre debió ser. Tú fuiste mi primer amor, y a ese amor deberíamos regresar sin el temor a la condena social. No nos importaría nada. Solo nosotros hasta que tus hijos crezcan y se lancen al vuelo. Entonces, tomados de las manos, recorreríamos el mundo, hermana, ese mundo que soñamos desde el día que nos internamos para descubrir que nuestro destino estaba cifrado en la piel húmeda del bosque. Ese futuro me fue arrebatado. Llegué a creer que las conjeturas

de nuestra madre no eran descabelladas como me parecieron la primera vez que las exponía. Mamá decía que él, tu marido, era responsable de tu dolor. Que no debía haberte llevado a la casa de tus suegros, dos días después de haber sido operada de un quiste de útero. Ella me dijo –me dijo mamá, una y otra vez, los días siguientes a tu muerte– que le habías expresado tu miedo a la operación, y que después de la operación, cuando te veías en franca mejoría, le habías dicho a mamá, con una seguridad aplastante: sabe, mamá, creo que me voy a morir, pero estoy tranquila. Era el miedo, creo yo, creía entonces, como no sé si creer ahora. ¿Miedo a qué le tienes?, te pregunté, y rematé: ¿a la muerte? No, respondiste, a que mis hijos se queden solos. Nunca te gustó hablar de la muerte, te producía pavor, por eso preferías cambiar de tema, mientras yo te decía: uhh, la muerte, la muerte te coge los pies. Cuando fuimos con mamá a Livorno para mirar donde yacían tus cenizas, tu marido, tu exmarido –¿el esposo viudo, el padre sufrido, el hombre golpeado por la vida?– me preguntó sobre

mi idea de la muerte. Me asusta, le respondí. ¿Por qué ustedes, tú y tu hermana, le tienen, ella lo tuvo, miedo a la muerte? No sé, le dije, es un miedo atávico. Me parece un rasgo tercermundista, dijo. La vida entraña la muerte. Es un hecho natural. No hay que tenerle miedo. Estamos en una cafetería, solos, tomando expresos. Afuera, en una pequeña plaza, la vida estalla en las diversas formas de la alegría: los niños corren de un lado para otro, algunos jóvenes ríen y coquetean a las chicas que pasean; el humo de los cigarrillos, el tintineo que los hielos producen dentro de las copas, el aroma a pizza. Habíamos almorzado juntos –nuestra madre, tu exesposo, tus hijos–, y luego de terminar una botella de vino, ¿espontáneamente?, le habíamos pedido a tu esposo viudo que nos relatará la noche aciaga. Nos fuimos a dormir, empezó. A eso de las dos de la mañana, ella vino a mi habitación gritando (sabíamos que no dormían juntos hacía más de un año) y me dijo: ¡Me duele la cabeza, me duele, me estalla, no puedo más! Su cabeza cayó sobre mi pecho. Miré cómo su rostro se volvía como una hoja pálida. Abrió la



boca, torció la lengua y la volvió a cerrar con fuerza. Grité. Metí mis dedos en su boca –pobre y hermosa y monstruosa hermana, pienso, mientras imagino el horror de esos segundos– para que no se ahogara. Se despertó mi madre, sigue tu exesposo, y también la vio ahí: el cuerpo que se comprime, la vida que se te va, mi bella hermana. Llamamos a la ambulancia. ¿Sufrió?, preguntó mamá. Unos segundos, respondió, todo fue violento, veloz. Te veo, hermana, veo como tu cuerpo se marchita, como se consume en el fuego que estalla en tu cabeza. Veo ese segundo de miedo cuando descubres que estás muriendo: debieron ser uno o dos o tres segundos de conciencia: te estás muriendo. En el vuelo Ecuador-Italia habíamos recordado con nuestra madre sus primeros años del matrimonio. Fueron felices, coincidimos. Nunca, hermana, habías estado tan dichosa. Se veían bien juntos. Había un intenso amor que los cobijaba. Cuando tu marido nos contó sobre esos últimos minutos de vida, ese pasado luminoso nos llevó a que abrazáramos a tu marido, a ti te habría gustado, ¿cierto? En los segundos que duró

ese abrazo, mientras tus hijos se habían recogido en su habitación, conscientes, sobre todo el mayor, de que algo pasaba entre los adultos, le perdonamos todo el sufrimiento que habías padecido los últimos meses ante sus evasivas por decidirse a solucionar las cosas, aun cuando esta solución supusiese el fin del matrimonio. Siempre fuiste, hermana, una enamorada del amor. Pero ahora, mientras tomamos los expresos, solos los dos, en medio de una multitud, tengo la necesidad de gritarle que es un imbécil, un cretino: solo a vos se te ocurre, hijo de puta, debí haberle dicho, decirme que nuestro miedo a la muerte es un signo tercermundista. Pasados los días, ya en Quito, empecé a coincidir con la versión de nuestra madre. Tu amante esposo, de alguna manera, había precipitado tu muerte. Los médicos dicen que la causa fue congénita, nos había dicho cuando habías muerto. ¿Congénita? ¡Qué diablos suponía eso! Era como la respuesta obvia que dicta el protocolo médico. No había rasgo de humanidad en ese diagnóstico, como si todo estuviese tenido que ser así. Mi hija estuvo estresadísima los últimos

meses, le dije nuestra madre a tu esposo, minutos antes de ese abrazo del aparente perdón. Gracias por haber estado con mi hermana, contigo, le dije, mientras contenía todo el llanto que había guardado durante los últimos meses. Pero ahora, como entonces, tengo la absoluta certeza de que nunca podré perdonarle por no haberte cuidado, por no haber celebrado la vida como te merecías, hermana. Miro otra vez por la

ventana y veo a ese mismo sauce batiéndose entre las ondas del viento. Busco alguna pastilla que me calmen. Te busco, hermana, entre las ramas lánguidas del sauce que caen hasta la tierra, pero solo hallo el mismo ritmo pausado del mundo que sigue girando a pesar de que todo parece morir. Cierro los ojos y miro tu sonrisa. En ella me refugio. Todavía el eco de tu risa no se ha ido. De alguna manera siempre vivirás en mí.

\* **Juan Pablo Castro Rodas.** (Escritor y profesor universitario. Doctor en literatura latinoamericana por la Universidad Andina "Simón Bolívar".

Es autor del poemario *El camino del gris*; las novelas *Ortiz*, *La estética de la gordura*, *La noche japonesa*, *Las niñas del alba*, *Carnívoro*, *Los años perdidos* (Premio de novela "Joaquín Gallegos Lara", 2014), *La curiosa muerte de María del río* (Premio de novela corta "Miguel Donoso Pareja", 2015, premio de novela "Joaquín Gallegos Lara", 2016), *El jardín de los amores caníbales*; los libros de cuentos *Miss Frankenstein*, *Cruels cuentos para niños viejos* (Premio nacional de cuento "José Félix Silva", 2015), el libro de teatro *Los invitados*, y del ensayo *Las mujeres malas*)